

INTRODUCCIÓN

En esta tercera parte se verá cómo la obra de los profetas monoteístas adquiere tanta solidez que el golpe terrible asestado por Nabucodonosor a Jerusalén no podrá destruirla.

Gracias a un milagro de fe y de esperanza único en la Historia, los jehovahístas de la reforma profética, dispersos en las riberas del Éufrates, decidirán el regreso a Judea, el restablecimiento del culto y la reconstrucción de Jerusalén.

Espero poder en mi vejez mostrar en otros volúmenes sucesivos la evolución del pensamiento judío hasta la aparición del cristianismo, concluyendo así el ciclo de la historia religiosa que me he impuesto como una obligación.

Esto era algo que apenas osaba concebir hace algunos años. Ahora creo, sin presunción alguna, entrever la realidad de la finalización de este trabajo, que ha sido el principal objeto de mi vida.

Me ha sido reprochado en los volúmenes precedentes de la *Historia del pueblo de Israel* el haber comparado los antiguos sucesos que relato con otros movimientos de los tiempos modernos. No es falta mía si en los restantes volúmenes me veo obligado a herir igualmente la susceptibilidad de ciertos retóricos. La Historia del judaísmo antiguo es el ejemplo donde se ve mejor la oposición entre las cuestiones políticas y las cuestiones sociales.

Los pensadores de Israel fueron los primeros en rebelarse y en protestar contra la injusticia del mundo y no quisieron sufrir las desigualdades, los abusos, los privilegios, sin los cuales no puede haber ejército ni una sociedad fuerte. Con esto comprometieron su pequeña nacionalidad, pero fundaron el gran edificio religioso que con el nombre de judaísmo, de cristianismo o de islamismo ha refugiado a la humanidad hasta el presente.

Contiene esto una lección que los pueblos modernos no meditarán nunca bastante.

Los países dedicados a las cuestiones sociales, perecen seguramente. Pero como el porvenir pertenece a tales cuestiones, resulta hermoso morir por una causa destinada a triunfar.

Las gentes tranquilas y de buen sentido de Jerusalén, hacia el año 500 antes de Jesucristo, lo que se puede llamar clases conservadoras y burguesas, estaban furiosas contra los profetas que hacían imposible toda

acción militar, toda diplomacia. ¡Qué desgracia, sin embargo, si estos locos sublimes hubieran sido ejecutados o encarcelados...!

Con esto Jerusalén hubiese ganado posiblemente. Habría sido por algunos años más la capital de un insignificante reino. Pero nunca la capital religiosa de la humanidad.